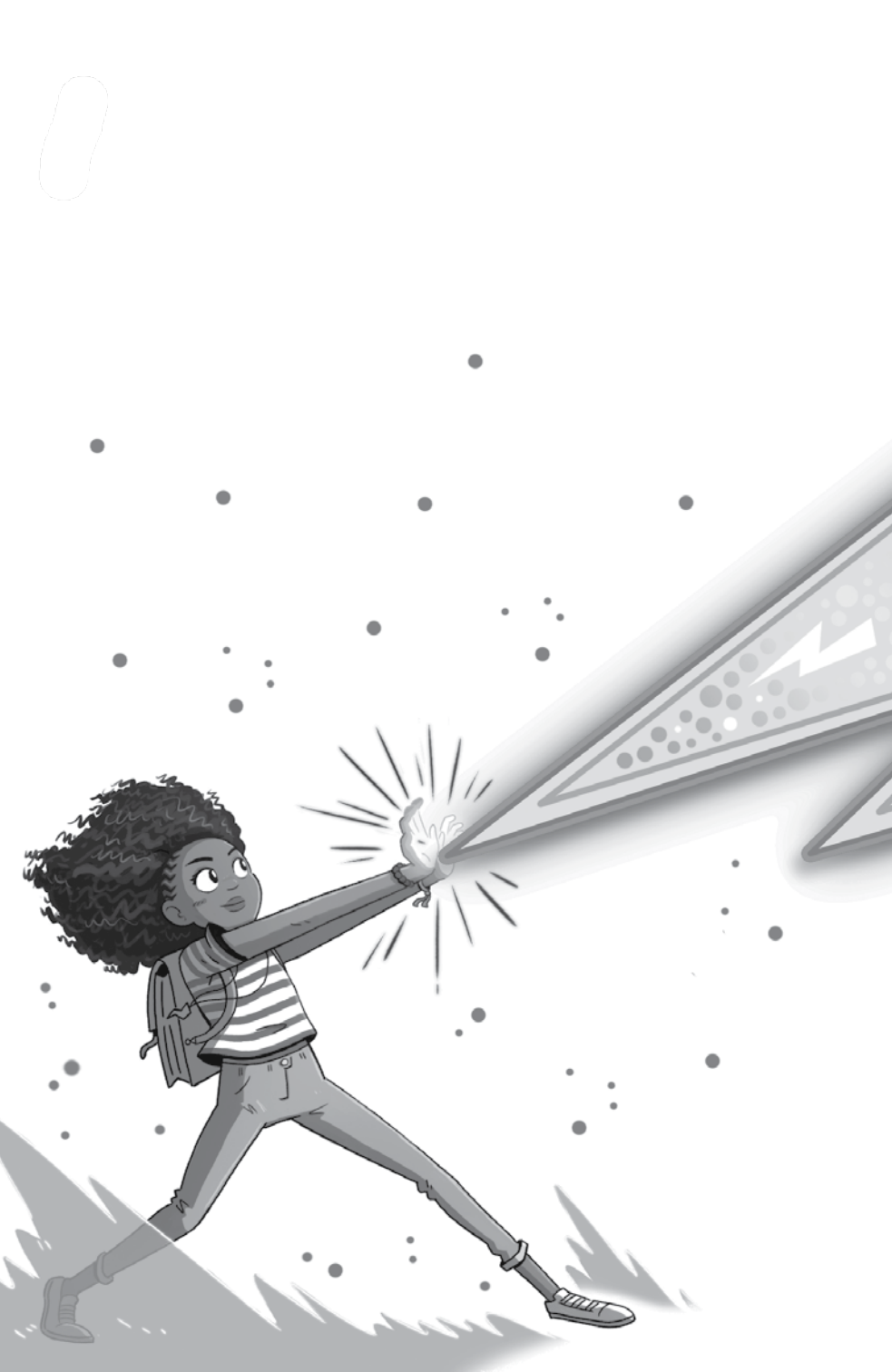


LIGHTNING GIRL

A young girl with curly hair, wearing a striped shirt and blue jeans, is sitting on the letter 'L' of the word 'LIGHTNING GIRL'. She is holding a glowing pink object. The background is yellow with stars and lightning bolts.

ALESHA
DIXON



Título original: *Lightning Girl*
Publicado por primera vez en Reino Unido
por Scholastic Children's Books, sello editorial de Scholastic Ltd, 2018

1.ª edición: mayo de 2020

- © Del texto: Alesha Dixon, 2018
En colaboración con Katy Birchall.
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2020
© Del diseño de cubierta: Scholastic, 2018 (Steve Simpson)
© De las ilustraciones: Scholastic, 2018 (James Lancett,
representado por Bright Agency)
(James Lancett, representado por Bright Agency)
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil.es

ISBN: 978-84-698-6625-2
Depósito legal: M-7542-2020
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO


Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

LIGHTNING GIRL



ALESHA
DIXON

ANAYA



¡Para Azura, mi pequeña superheroína,
la chispa más brillante de todas
y la luz de mi vida!



Nadie me había advertido de que cuando una se enfurece pueden salirle de las yemas de los dedos unas chispas brillantes.

Pero eso es exactamente lo que pasó. Yo estaba viendo a unos gamberros del cole que rodeaban a mi hermanita en el patio de recreo y, un instante después, las manos se me pusieron calientes y me entró un cosquilleo en ellas y, de repente, me salieron de las palmas de las manos unos rayos luminosos, como de tormenta.

Creo que nadie se asustó tanto como yo. En realidad nadie vio de dónde venían las chispas, tan



solo advitieron detrás de ellos una luz cegadora y después, al volverse, me encontraron a mí, que me miraba las manos con los ojos como platos y movía los dedos como una loca.

Una de las chicas resopló al ver que me ponía la mano delante de la cara, hasta casi tocarme con ella la punta de la nariz, y me examinaba de cerca el dedo meñique.

—¿No es esa tu hermana mayor, Clara? —preguntó con desprecio—. ¿Qué demonios está haciendo?

—¡Es tan friki como tú! —dijo otra con una risita, mientras me miraban de arriba abajo. Yo tragué saliva.

Mi plan original no consistía exactamente en que se metieran conmigo en vez de con Clara. Mi idea era simplemente decirles que la dejaran en paz, más que distraerlas convirtiéndome en

un castillo de fuegos artificiales humano. Sin embargo, habían dejado de mostrar interés en Clara y parecía que tampoco sentían curiosidad por el hecho de que se hubiera producido un azaroso e inexplicable relámpago en medio del patio de recreo. Menos mal.

—¿Qué quieres tú, Aurora? —me dijo un chico alto, levantando las cejas.

—Eeh... —balbuceé, con las manos todavía delante de la cara—. Solo estaba... eh... mirándome la cicatriz. —Les mostré la mano izquierda, para que pudieran ver la cicatriz en forma de espiral que tenía en la palma—. Nací con ella. Es raro, ¿verdad? Las cicatrices aparecen cuando la piel se regenera sobre una herida, para protegerla. Es interesante, ¿no?

Aquel no era mi mejor día.

Clara me miró como si pensara que yo había perdido la chaveta. Intenté que se me ocurriera algo que decir, algo más impresionante que un comentario sobre la piel que se regenera, pero



seguía un poco asustada por haber visto aquellos rayos saliéndome de las manos. No me había pasado nunca.

Los matones se miraron unos a otros, confundidos. El alto abrió la boca para decir algo, pero afortunadamente sonó el timbre que indicaba que se había terminado el recreo.

—¡Salvadas por la campana! Vamos, Clara. Nos vemos luego... ¡Ha sido muy divertido hablar con vosotros! —dije riéndome nerviosa, mientras Clara corría pasando cerca de ellos para acercarse a mí. Le puse el brazo alrededor de los hombros y me la llevé a toda prisa hacia el edificio del colegio antes de que pudieran hacer más comentarios.

Kizzy lo encontró desternillante. Yo decidí no contarle lo de las chispas que me habían salido de las manos, porque no quería que pensara que su mejor amiga era una tía rara, pero no tenía por qué preocuparme: ella ya sabía que yo soy una tía rara.

—¿Les dijiste que la piel se regenera...? —soltó riéndose, sacando su bolígrafo favorito del estuche

y abriendo el cuaderno mientras esperábamos que la profesora Damsel empezara la clase de Salud.

—Fue lo primero que se me ocurrió —dije con un suspiro, mirando acusadoramente la palma de mi mano, como si fuera culpa de la cicatriz el que yo hubiera dicho una cosa tan tonta—. No lo van a olvidar nunca. Creo que uno de ellos está en el club de gimnasia con Suzie Bravo, así que seguro que se lo contarán todo.

Kizzy y yo miramos a Suzie, que estaba sentada con Georgie Taylor. Georgie le estaba enseñando a Suzie su nueva mochila superguay, que era negra y estaba llena de florecitas fluorescentes. Comprendí que aquello sería lo ultimísimo que había que tener. Georgie era la persona más a la moda de nuestro curso, tal vez de todo el colegio, gracias a su madre, que estaba a cargo de la publicidad de montones de marcas importantes, diseñadores y famosillos. A Georgie su madre siempre le daba cosas que le regalaban a ella, así que tenía un estilo muy



original. Oí que le decía a Suzie que había cosido las flores ella misma.

Yo una vez había intentado coserme una insignia de natación en la chaqueta del colegio y, no sé cómo, conseguí coser el jersey que llevaba puesto a la manga de la chaqueta. Y, cuando intenté quitármelos, se rasgaron tanto el jersey como la chaqueta. La alta costura no es mi fuerte.

—Bueno, ¿a quién le importa lo que piense Suzie Bravo? —preguntó Kizzy en plan duro, recogiendo el pelo castaño claro en una pulcra cola de caballo—. Clara tiene suerte de tener una hermana como tú para que la defienda.

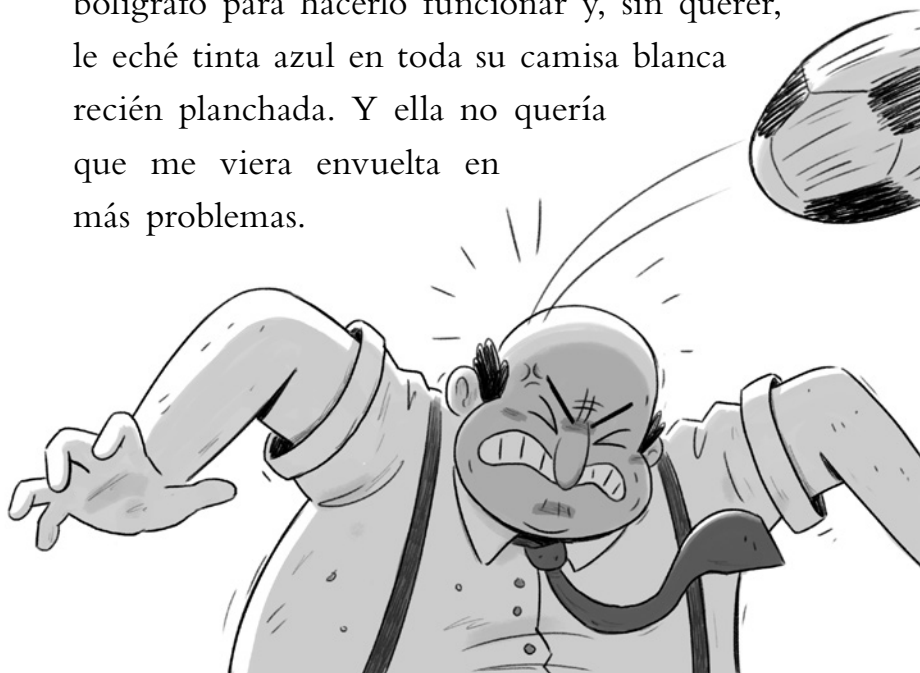
Fue muy valeroso por tu parte enfrentarte a esos matones. Yo no habría sido capaz.

Sonreí. Eso era, por supuesto, una mentira. Kizzy es la persona más maja del mundo, y lo sé muy bien, porque hemos sido amigas inseparables desde toda la vida. Vive en la misma calle que yo, y somos «uña y carne» (como dice mi padre) desde nuestro primer día en el colegio. Somos las dos bastante tímidas, así que es lógico que estemos juntas y pasando desapercibidas, mientras chicas como Suzie Bravo disfrutaban convirtiéndose en el centro de atención.

Pero que sea tímida y pequeña (una de las chicas más bajitas del curso) no significa que Kizzy no sea lo bastante valiente para enfrentarse a las matonas. Al comienzo del trimestre, yo le di un balonazo sin querer al profesor Mercurio (nuestro nuevo profesor de Ciencias, que tiene muy mal genio), y el balón rebotó en su cabezota calva. Cuando se volvió despacio con su cara más furiosa para ver quién era el culpable, Kizzy se adelantó para disculparse.

Intenté protestar, pero ella se puso muy seria y me dijo que me callara. Y como ella es la persona más maja del mundo, el profesor Mercurio solo le dijo que tuviera más cuidado a partir de entonces, y ahí quedó la cosa. Hasta se rio. Ese es el poder que tiene Kizzy sobre la gente. Es capaz de conseguir que sería el profesor de Ciencias con peor genio de todo el planeta.

Después me dijo que se había echado la culpa porque yo ya había tenido un mal comienzo con el profesor Mercurio. La semana del accidente del balón, yo había estado agitando el bolígrafo para hacerlo funcionar y, sin querer, le eché tinta azul en toda su camisa blanca recién planchada. Y ella no quería que me viera envuelta en más problemas.



Si eso no es valor, no sé qué lo será.

Mientras la profesora Damsel nos mandaba callar a todos para empezar la clase, intenté olvidarme de mi triste comentario sobre la cicatriz y pensar en aquello tan raro que me había salido de las manos en el patio de recreo. En si sería una cosa normal o no. No se me ocurría nadie más de nuestro curso que les lanzara chispas a sus compañeros de clase, pero a lo mejor era una cosa normal del crecimiento y yo era la primera a la que le pasaba. Mi madre me había comentado hacía poco que yo parecía más alta, y me había preguntado si sentía dolores del crecimiento o algo así...

La profesora Damsel anunció que en la clase de aquel día íbamos a estudiar nutrición, y empezó a escribir en la pizarra. Fred Pepe soltó un eructo descomunal, haciendo que la clase se echara a reír. Vi a Suzie y Georgie poner los ojos en blanco en un gesto muy exagerado. Fred siempre estaba haciendo el tonto.



—Bien, Fred —dijo la profesora Damsel volviéndose a la clase—, eso puede haber sido una introducción un poco rara al tema, pero en realidad nos viene al pelo. —Señaló la pizarra en la que había escrito la palabra «ALIMENTO» en mayúsculas—. ¿Alguien sabe por qué ha eructado Fred?

—Porque es un cerdo —dijo Suzie, echándose por detrás de los hombros su larga cabellera rubia con un movimiento de la cabeza. Fred le sacó la lengua.

—Porque tenía gas sobrante —chilló alguien desde el final de la clase, lo que hizo que todos se echaran a reír sin poder controlarse.

Mientras la profesora Damsel intentaba reencaminar la clase, yo saqué mi teléfono y, por debajo del pupitre, disimuladamente, intenté buscar algo sobre electricidad que saliera de las yemas de los dedos y rayos de energía que salieran de las manos, pero no vi más que artículos sobre diversos superhéroes de cómic que podían producir luz o atraer los rayos y cosas así, lo cual no era de mucha ayuda.

Fred se había puesto a hacer pedorretas cada vez que la profesora Damsel empezaba a hablar y, justo cuando ella lo amenazaba con castigarlo si no paraba, yo levanté la mano.

—¿Sí, Aurora? —dijo la señora Damsel con un suspiro.

—No tiene nada que ver con comida, pero me preguntaba si podía hablarnos de los dolores del crecimiento.

—¿Los dolores del crecimiento?

—Sí. —Respiré hondo—. ¿Hay algo que deberíamos saber? ¿Sucede... algo extraño?

Me di cuenta de que Kizzy me miraba con curiosidad, e intenté poner la cara más inocente posible, como si la pregunta acabara de brotarme del cerebro porque sí. La señora Damsel parecía sorprendida del cambio de tema, pero no demasiado molesta por dejar de lado un momento los gases corporales. Además, Fred estaba en aquel momento distraído con una araña que había en el alféizar, y la profesora Damsel sonrió aliviada mientras el aula volvía a callarse.

—Qué pregunta tan interesante, Aurora, aunque un poco fuera del tema que estábamos tratando. Sí, ahora que pronto cumpliréis los doce años, algunos de vosotros experimentaréis dolores del crecimiento y eso puede suponer molestias musculares, normalmente en piernas y en torno a las articulaciones.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Solamente... dolores? ¿Nada más?

—¡Bueno...! —saltó Suzie con impaciencia—. ¿Por qué te crees que los llaman «do-

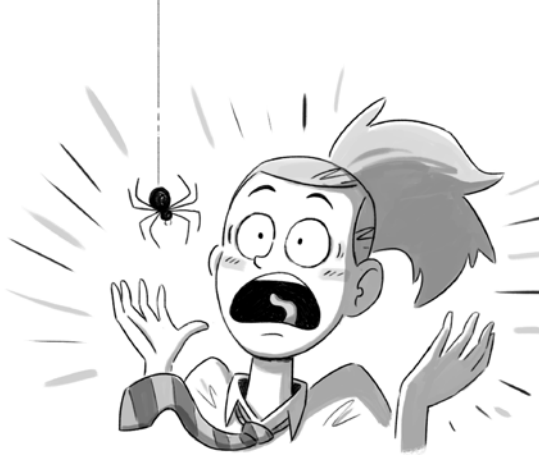
lores del crecimiento»? Ahora, ¿no podemos volver al tema de la alimentación? A diferencia de otras, yo tengo una pregunta interesante y relevante. —Me miró fijamente, y me puse toda colorada de la vergüenza—. Señora Damsel, ¿cuál es el mejor consejo nutricional que puede dar a las campeonas de gimnasia?

Cuando se acabó la clase y salimos para dirigirnos a la siguiente, Kizzy me comentó que me veía muy callada.

—No, no lo estoy —respondí yo, pese a que no había abierto la boca desde mi pregunta sobre los dolores del crecimiento.

El dominio de la señora Damsel sobre la clase no había durado mucho tiempo por culpa de Fred, que se había acercado a Suzie sigilosamente por detrás, cuando la señora Damsel daba la espalda a la clase, y le había puesto la araña del alféizar justo delante de la cara. Suzie había chillado, había dado un salto y tirado la silla, tras lo cual Fred empezó a perseguirla por el aula con la araña en las manos.

—¡La pobre araña! —comentó Kizzy—. Me alegro de que la profesora Damsel obligara a Fred a echarla al césped. Los gritos de Suzie tienen que haber asustado al bichito. A mí casi me rompen los tímpanos.



Asentí con la cabeza, y Kizzy me miró:

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó por centésima vez.

—Completamente. Estoy de maravilla —mentí.

—Estás mintiendo —dijo Kizzy con la sonrisa de quien no se deja engañar.

—No miento.

—Sí que mientes. Cuando dices una mentira, tu voz se vuelve muy aguda. Como un silbato para perros.

—¡No es verdad! —chillé con voz de ratón. Kizzy levantó las cejas en un gesto de victoria.

Tosí, aclarándome la garganta:

—No es verdad —repetí poniendo voz de oso.

—Ah, vale. Cuando quieras hablar, ya sabes que a mí me puedes contar lo que sea —dijo.

Asentí con la cabeza. Pero no había manera de que pudiera contarle lo que había sucedido en el patio de recreo. Por lo menos hasta que lo comprendiera yo misma.

Porque, si el hecho de que te salgan rayos de las manos en el momento en que ves a tu hermana pequeña acosada por unos chulos no tenía nada que ver con los dolores de crecimiento, entonces, ¿qué era?

¿Y por qué demonios me había pasado a mí?

Foto de John Wright



Aurora Beam acaba de llevarse una gran **SORPRESA**.

Su madre es una superheroína secreta, y ahora los propios poderes de Aurora empiezan a manifestarse: ¡de las yemas de los dedos le salen chispas de luz!

Tiene mucho que asimilar. Ni siquiera sabe dar una voltereta medianamente bien, **¿CÓMO VA A SER UNA SUPERHEROÍNA?**

Por si esto fuera poco, su profesor de Ciencias parece haberla tomado con ella y le hace la vida imposible. ¿Podrá Aurora con todo?

La primera y desternillante aventura de alto voltaje de la superestrella

ALESHA DIXON

en colaboración con
Katy Birchall

Ilustrado por James Lancett
y Steve Simpson

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-6625-2



1578575

9 788469 866252

